



Esta obra forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

# *Capítulo XVI*

## *Discurso ministerial que sirve de contestación al anterior*

SEÑORES:

1 Si el individuo de la oposición que acaba de hablar ha vacilado mucho tiempo antes de hacerlo pensando en el peligro que se corre en atacar el prestigio del poder existente, otro riesgo amenaza al que sostiene la marcha del gobierno, riesgo más terrible, porque no afecta a su persona, y sí a su reputación.

Todo ministerio tiene enemigos y descontentos; y sus actos se juzgan y califican por lo común con más ligereza y pasión de la que conviene a hombres prudentes e imparciales. Hay una prevención general contra todo el que manda, y en el momento en que un diputado se muestra dispuesto a sostenerle y a arrojar su pobre peso en la balanza del debate, se deja de creer en la sinceridad de sus opiniones, y se recela que partan de miras interesadas. Y sin embargo de esta desventaja y de este riesgo, yo me he decidido a hablar, porque me encuentro sostenido por mi convicción y por el sentimiento de mi deber. Justo será, pues, que cuando se han oído razones tan elocuentes, y me atreveré a añadir tan elocuentes insultos dirigidos contra el sistema del gabinete, se dé la respuesta más cumplida a todos los cargos, para que la razón y la justicia pesen en su criterio lo que por una y otra parte se diga, y puedan pronunciar con pleno conocimiento su irrecusable fallo.

2. Se ha hablado ante todo de las elecciones, y se echa en cara a los ministros, y hasta de ello se les hace un crimen, que influyen por medio de las autoridades locales: mas yo encuentro que en negar esta facultad al poder hay error en el principio de que se parte, y notable injusticia en la aplicación a que se lleva. La ley concede el sufragio a los electores por el interés que tienen en la cosa pública, que sirve a la vez de título a su intervención y de garantía de su buen deseo. ¿Y por ventura el gobierno no tiene en alto grado ese interés, y no ofrece más que nadie esa garantía que aquieta todos los recelos?

Él ha emprendido la marcha que cree más conforme al bien del país: de su juicio no puede reconocer juez alguno, porque en él es libre y es

además responsable. El resultado de las elecciones ha de venir a apoyar esta marcha, o a rodearla de obstáculos presentándole cada día un nuevo combate; ha de venir a llevar a cabo la obra tan adelantada, o a minarla hasta echarla por tierra. ¿Y se quiere que el ministerio cuando se trata de una operación tan importante y decisiva, cuando se trata de ser coronados sus deseos o disipadas como el humo todas sus esperanzas, cuando se trata nada menos que de consolidar la felicidad del país o de mirarla reemplazada por el mal que nos serviría de castigo y de tardío escarmiento, se muestre apático e indiferente, y entregue la nave que dirige a las corrientes encontradas de los acontecimientos, y de los intereses y pasiones en abierta guerra? Se va a dar un paso de inmensas e irremediabiles consecuencias: paso que ha de influir o más bien decidir de nuestra suerte; y en la ocasión en que más se necesita el ojo vigilante del poder y su mano pronta para atajar los peligros, es precisamente en la que se quiere poner una venda sobre sus ojos, y sujetar sus manos con inquebrantables ligaduras. ¿No sentirá ese gobierno todo el peso de los resultados que de la elección, no experimentará su flujo saludable o funesto, y no será el menos moralmente responsable de todos los sucesos prósperos o desgraciados que pueda engendrar aquel acto por su propia índole y por sus marcadas tendencias? Esa elección ha de influir decisivamente en la suerte del país, y todo lo que toca al bien del país toca también al gobierno, porque lo rige y representa. Disputarle este derecho sería un desvarío, y negarle su uso una verdadera tiranía. En Francia, en Inglaterra, en todas las naciones de formas representativas el gobierno influye en las elecciones, porque está al frente de los negocios públicos; y fuera torpeza y mengua volver la espalda al negocio público más grave, piedra angular sobre que descansa todo el edificio del sistema reconocido y jurado. ¿Se quiere que en la ocasión en que todas las ambiciones se muestran o se desbordan, cuando se echa mano de todos los medios de engaño, cuando se ostentan espléndidas apariencias que ocultan asquerosas realidades, cuando tantos dispuestos a abusar de sus crédulos conciudadanos visten la ropa blanca de la candidatura para cambiarla después en medio del dolor de sus burlados comitentes, el gobierno, que está al alcance de estas intrigas, no intervenga para neutralizarlas y para libertar al país de un gran peligro? ¿Se quiere que cuando merced al régimen seguido hasta aquí el orden y la paz reinan por todas partes, se deje triunfar en las elecciones a los hombres perturbadores o díscolos, cuya misión y cuyos instintos nos llenarían

bien pronto de ansiedad y luto? ¿Se quiere que por medio de la fascinación y del engaño aparezcan en la escena política hombres temibles por lo disolventes, que empezando por destruir el centro del poder actual, lo trasladasen a otras manos que pudieran servir de dignas colaboradoras a sus planes liberticidas? Y digo liberticidas, porque es frecuente invocar la libertad cuando más se prepara su ruina. Antes de consentir ni de someterse a esta ley repugnante y tiránica, deberían los hombres que ocupan el poder retirarse indignados, porque mejor es abandonar la autoridad que ser cómplice de sus ultrajes.

Se clama y repite que la opinión general es desatendida y despreciada, y que sólo se hace prevalecer la opinión y la voluntad del gobierno y de sus mandatarios. ¿Mas dónde está esa opinión pública, cuál es su expresión genuina e invariable, qué principio la constituye, y bajo qué formas se revela? Se nos dice que está en todas partes, y yo podré asegurar más bien que no está en ninguna. Difícil, si no imposible de conocer, caprichosa en sus predilecciones, variable y variando siempre, es el camaleón que cambia de color en cada movimiento, es el querer antojadizo del niño que desea y aborrece en el mismo instante, y que se encariña con un juguete para arrojarle bien pronto despechado.

¿Es ésta la medida exacta, justa, permanente, que se quiere dar por norte a las elecciones? No hay una medida más falible ni más arriesgada, porque no hay error que esa opinión no haya proclamado, ni delito que a su sombra no se haya cometido. Ella llevó al destierro al honrado Arístides, ella hizo beber la cicuta al virtuoso Sócrates, y ella por último elevó sobre el madero de la cruz al mismo Jesucristo. *El tolle, tolle crucifixe eum*, son las palabras de vergüenza y de iniquidad que nosotros oponemos a los apóstoles de esa errónea y extraña doctrina. A los instintos pasajeros y esencialmente mudables de esa opinión, oponemos nosotros el pensamiento ilustrado, perseverante e invariable del gobierno, que sabe mejor que nadie lo que conviene al país y cuáles son los hombres más a propósito para realizarlo: y más cordura habrá siempre en dejarse conducir por un guía de vista clara a la vez que experimentada, que en abandonarse a un ciego que a su imposibilidad natural una la desventaja de no haber andado nunca el camino. No se invoque, pues, la opinión pública, sombra fugitiva, indistinguible e impalpable; hállese sólo de la conveniencia pública, objeto de todas las sociedades, y a que nunca se llega por los mentidos alardes de calor y de entusiasmo, o por vanas y huecas vociferaciones. ¿A qué se reducen y a dónde lleva

el movimiento y agitación que les acompaña? A sacar las cosas como las ideas de su verdadero punto de aplomo y de prudente sobriedad; a evaporar los sentimientos a fuerza de exagerarlos; a confundir el pensamiento común con el pensamiento de unos pocos; a erigir cien tiranos cuando se declama pomposa o enérgicamente contra la tiranía, y a negar al gobierno toda intervención saludable para que la ejerzan sin trabas y sin temor los ambiciosos demagogos siempre dispuestos a hacerlas servir a su provecho.

Se añade que la representación que por los medios combatidos se forma es bastarda, que las discusiones no son discusiones, que las leyes no son leyes, y que el gobierno deja de ser representativo y de intereses comunes para ser sólo de bandería y de usurpación. Esto más bien que un argumento o un cargo es una blasfemia. En buena hora que mientras el tiempo teje los sucesos sin estamparles el sello de una consumación definitiva, se hagan materia de polémica, y se traigan a la arena del debate; pero cuando ya están consumados; cuando la voluntad del país ha fallado en las urnas de una manera tan ostensible y solemne como irrevocable; cuando los hombres favorecidos por ella se hallan hoy revestidos de un carácter sagrado que no permite ni la duda ni la contradicción, sublevarse así contra la expresión genuina del voto nacional, es declararse en rebelión con todos los principios y atacar en su base la forma de gobierno que la nación se ha dado a sí misma.

Si esto se hiciera en otra parte se miraría como un sacrilegio, y la tribuna si bien hace al diputado inviolable en sus opiniones, no le constituye del mismo modo impecable, ni le presenta un estímulo en la promesa de la impunidad.

Sí: decimos y sostenemos que el gobierno se mezcla en las elecciones para dirigir las en bien de los pueblos: decimos y sostenemos que la cuestión sobre el sistema que él sigue se lleva a las urnas electorales, y que justo es que se defienda donde quiera que se le ataque: decimos y sostenemos que la justicia no permite se niegue a los hombres que ocupan el poder un derecho que se concede hasta al último de los ciudadanos: decimos y sostenemos que el gobierno que ha de ser responsable por las consecuencias, debe tener una intervención completa y una influencia decisiva en todo lo que las prepara y engendra, porque mal puede gravarse con los resultados de un acontecimiento a aquel a quien se negaron los medios de dirigirlo o evitarlo.

Y no se diga que la representación que por los medios que se combaten se logra, sirve sólo de escudo al poder a quien da un bill de indemnidad para que obre sin otra regla que su antojo, ni otro consejo que el de sus ciegos impulsos. Si suponer nula una cámara cuando ya existe y se halla constituida, es un atentado incalificable, presentarla además como entregada por completo al gabinete para poner el velo a todas sus demasías, es una doble injuria, que del cuerpo elevado que la recibe, rechaza y hiere a cada uno de sus individuos. Todos ellos tienen conciencias, todos ellos tienen probidad y un alma independiente, y no se hallarían en estos bancos si la voluntad nacional no los hubiera encontrado dignos y merecedores de ocuparlos.

Mucho ha hablado después el orador que me ha precedido de la seguridad personal, y en verdad que la pintura que ha hecho de nuestra situación sorprende y estremece; pero no es en las pinturas bosquejadas al capricho en lo que debemos detenernos, y sí penetrar hasta el fondo de las cosas para conocer la verdad o inexactitud que encierran. Que hay desiertos, persecución y prisiones se nos opone, y con sólo afirmar los hechos parece que se pretende hacer su ligera e inconsiderada calificación.

Cuando el gobierno sigue con vista perspicaz a los hombres sospechosos; cuando conoce sus planes y hasta el momento que eligen para su realización; cuando está enterado en la crónica horrible de sus tramas; cuando dejar tiempo para que se llevasen a cabo sería entregar la patria a todas las consecuencias de las sangrientas agitaciones, ¿se quiere que mire con indiferencia el peligro y que muestre a la vez debilidad e imprevisión? Debilidad e imprevisión, señores; las dos faltas más grandes que un gobierno puede cometer, y que siempre se expían con raudales de lágrimas, con torrentes de sangre y con amargos escarmientos.

¿Qué ha sido lo que antes de ahora ha causado la caída funesta al país de tantos hombres esclarecidos que manejaban las riendas del estado de la manera más acertada? Su debilidad y su imprevisión. ¿Qué ha sido lo que ha comprometido tantas veces la causa de la libertad y sus brillantes destinos? La debilidad y la imprevisión de los que nos han mandado. ¿Qué ha sido lo que ha causado entre nosotros tantos cambios y revueltas? Siempre la debilidad y la imprevisión de los que alternativamente han ido ocupando el poder, y que no han acertado a preservarlo de los riesgos que su ceguera y torpeza creaban sin cesar.

¿Qué ha sido finalmente lo que tantas veces ha manchado de sangre las calles y las plazas de nuestras poblaciones, convirtiéndolas en campo de batalla, en que los partidos más bien que el triunfo de sus opiniones y principios se disputaban la presa? La debilidad y la imprevisión. Y como si el destino hubiera pronunciado sobre nuestras cabezas la palabra impía que nos condenara eternamente a hacer girar nuestra conducta sobre los mismos errores, se quiere que el gobierno de hoy cometa la misma falta que arruinó a los que le precedieron, para que muera del mismo mal y se le entierre bajo la misma losa.

No: lo que se llaman persecuciones no son más que medidas prudentes que alejan de la sociedad el peligro y el temor: lo que se apellida actos violentos respecto a algunos pocos, es la salvaguardia, la protección y la seguridad para el mayor número: lo que se bautiza con el nombre de arbitrariedad es realmente tomar por guía la ley primitiva de todas las sociedades, que recomienda ante todo su conservación. Esto es lo que hace el gobierno, y en ello llena a un tiempo los deberes de su posición y de su conciencia; porque los gobiernos todos deben imitar la sabiduría y designios de la Providencia, que olvida a los individuos para pensar en los pueblos, a los pueblos para pensar en las naciones, y a las naciones para pensar en la humanidad. A nadie se debe temer tanto como al hombre ciegamente compasivo, que por no violentar a su corazón encerrando a un furioso, le dejase en libertad y fuera causa de todos sus desmanes y atentados. ¿Qué se diría después contra este gobierno, si por ceder al clamor infundado e insensato que algunos prevenidos o descontentos levantan en torno suyo, cerrará los ojos a la actualidad y al porvenir, se entregase a una homicida confianza, dejara pulular tan insidiosos proyectos, y permitiera que un día entonasen su himno de victoria en medio de los alaridos de las víctimas y de la destrucción entera de nuestro hermoso país? Entonces serían los cargos harto más justos por cierto que los que en el día se le dirigen: entonces se les culparía y con razón de su indolencia criminal, único origen de tanta desgracia: entonces se le diría, y a esta acusación tendría que bajar la cabeza confundido: “Te has mostrado tan incapaz y tan ciego que a los derechos quiméricos de unos pocos has sacrificado la vida de muchos, la libertad, el sosiego y la dicha de todos”. Ante esta terrible reconvencción sería necesario postrarse, porque no habría nada que responder; ante esta terrible reconvencción sería necesario postrarse, porque no habría nada que responder; ante las reconvencciones que hoy se hacen,

puede levantarse la frente con orgullo para decir a los que nos atacan: “Vosotros os lamentáis, pero entre tanto la nación vive feliz y tranquila, y ninguna gota de sangre viene a manchar el cuadro envidiable de su ventura”.

Y sin embargo, exagerando los soñados males de la situación, porque ésta es siempre la táctica de nuestros adversarios, se compara con la vida errante de los bosques, y se da a ésta la preferencia. Dígase más bien que para los hombres que se suponen injustamente atropellados y que no son más que justamente reprimidos, sería preferible la vida salvaje, porque en rebelión constante con la ley e incapaces de reconocer su saludable coyunda, miran como su dios la fuerza, que quisieran imponer a sus conciudadanos más débiles o menos osados.

Dígame más bien que el suave imperio de la razón, la paz y el sosiego general que produce, no cuadran a los ánimos inquietos que ven en la destrucción su elemento, y en las convulsiones del cuerpo político las esperanzas de su botín.

Y todavía claman los descontentos que se les niega la facultad de reunirse para tratar de sus agravios y formularlos en reverentes exposiciones. ¿Qué es ese derecho de petición que con tanto calor se invoca sino la licencia de asociarse y conspirar contra el gobierno libre e impunemente? La reunión en sí misma ¿no ofrece el inevitable peligro de poner en presencia y en íntimo contacto todas las pasiones, para que a su fuego natural se una el calor que les da la discusión y el delirio contagioso que de boca de un demagogo pasa rápidamente al corazón de todos? ¿Son otra cosa esas asociaciones que una gran revista que la revolución pasa a sus afiliados para conocer y medir su fuerza, para hacer sus preparativos, y dar el grito sangriento con la conciencia de su poder y con la seguridad del triunfo? Y se quiere que el gobierno no sólo tolere, sino que permita esas maquinaciones, y que acaricie a la serpiente que se prepara para devorarlo. Y si sólo se tratase de los hombres que actualmente mandan, y que como ha dicho el individuo de la oposición a quien contesto, no son más que la figura de un cuadro que cada día se borra y reemplaza con otra nueva, pudiéramos ser hasta cierto punto condescendientes, y mirar con vista serena su caída entre las risas y los aplausos de sus enemigos; pero se trata de la nación entera, de su reposo, de la estabilidad de los derechos de todos los ciudadanos, y del sólido arraigo de sus garantías: se trata de la libertad que del mismo modo muere a manos de la licencia que a las del despotismo.



Y al hablar de la licencia, necesario es contestar a cuanto se ha dicho relativamente a la imprenta. La institución en sí misma es sin duda respetable; pero si los abusos le siguen como la sombra sigue al cuerpo, preciso es cortarlos con mano firme, y no permitir que por sostener inconsideradamente al principio, se introduzcan los desmanes y el abuso. ¿Puede permitirse una polémica peligrosa que hoy combate los axiomas más reconocidos, que mañana los ridiculiza haciéndoles objeto del desprecio y del sarcasmo, y que al día siguiente concluye por derribarlos? ¿Puede permitirse la polémica sobre personas, que franquea el hogar doméstico, que busque al ciudadano en su retiro pacífico, y que allí se entera de sus acciones y aún de sus palabras para denunciarlas después al público, haciendo revelaciones que a nadie interesan y a todos dañan? Y digo que a todos dañan porque aunque sólo una cosa o pocas personas sean el blanco de la detracción, el público entero se acostumbra a los ultrajes, que se prodigan a la probidad y aún al pudor, empieza a mirar con tibieza la propia honra viendo todos los días vulnerada la de los demás, pierde todo sentimiento de moralidad, y concluye por entregarse a escepticismo y a un abandono funesto que se hace sentir bien pronto en las costumbres.

Sólo decía que el país mejor gobernado era aquel en que cada ciudadano perseguía la ofensa hecha a otro, como si él mismo la hubiera recibido. Siendo así, deberemos concluir con que el país peor gobernado es aquel en que la imprenta pone todas las ofensas en la orden del día, y en que los ciudadanos todos se nutren y saborean tranquilamente con su lectura, entreteniéndose sus ocios o alimentando su curiosidad con las calumnias y dicterios que los periódicos propalan. No hay entre nosotros reputación que la imprenta no aniquile; no hay hombre público a quien no ataque: y así al lado de la persona, se rebaja, amengua y destruye la autoridad que ejerce, y se logra el objeto de derribar para construir sobre las ruinas, que es siempre el fin de la maledicencia. No hay probidad, no hay virtud por reconocida y proclamada que se halle que no derrumbe por estas malignas propalaciones: pensemos que el mismo Sócrates fue víctima de ellas, y no creamos que hacen menos daño los tiros de la imprenta periódica que habla a toda una nación, que hacían las representaciones dramáticas que hablaban en lo antiguo a la multitud congregada de los espectadores. No se diga por lo tanto que el elemento que hace daño lo repara después, y que es como la lanza de Aquiles, que por una parte causaba la herida, y por otra la curaba. El que lee

el ataque, tal vez no lee la defensa; y aunque la lea, algo queda en su ánimo de recelo, algo de duda o de sospecha que aleja e imposibilita la completa vindicación de una reputación lacerada. El gobierno es el defensor natural de todos los derechos, y no puede dejar correr tamaños ultrajes; ultrajes que sólo deben atribuirse a los enemigos de la institución, porque no pueden quererla los que así procuran desacreditarla.

Pero aquí el orador que me ha precedido ha intentado interesar a las masas con la pintura exagerada de su miseria puesta en paralelo con las riquezas y comodidades que otros disfrutaban ¿qué es esto? ¿Se quiere por este medio levantar la bandera del comunismo, dirigir el encono y la animadversión contra el propietario sólo porque lo es, y sujetarle a una nivelación tan opuesta a la libertad y a la justicia, como asesina del trabajo? Hay ricos y pobres: ¿pero cuándo no los ha habido en el mundo? ¿En qué país son iguales todas las condiciones? ¿Se quiere hacer también al gobierno responsable de lo que es obra de la naturaleza o de la fortuna? Pero se nos dice: Esas comodidades y riquezas son el producto de recompensas, de los destinos y cargos públicos que el gobierno sólo concede a sus amigos y sostenedores. ¿Y se intenta que los conceda a los que profesan opuestas opiniones y que incesantemente le combaten? ¿Se quiere que sea tan torpe que entregue la custodia y defensa de su principio de gobierno, de su sistema entero, a los hombres que más ansían verle destruido y que más trabajan por aniquilarle? No hay, no, predilecciones; hay sólo previsión. No se obra por ciegos o parciales instintos; se obedece sólo a la ley de la conservación y a la necesidad de confiarla a los que inspiran entera seguridad, porque están mancomunados en el mismo interés. Ésta es la verdad de las cosas y de los designios; y a la verdad debemos tomar por guía en nuestras discusiones, sin ceder jamás a la aparente fuerza de esos apóstrofes y de esos retratos que bosqueja sólo el pincel de la exageración.

Se quiere que los hombres opulentos vayan a las aldeas, y que allí registren con ojos compasivos la cabaña del pobre, la abyección y la miseria en que vegeta, para después comparar aquellos asilos de la indigencia con los grandes y brillantes monumentos que se fabrican en la corte, y poder decir si dos mansiones tan diferentes son la de la misma nación, y si unos y otros habitantes son por la religión hijos del mismo padre. Yo también a mi vez deseo que esos declamadores apasionados vinieran a reconocer conmigo los edificios que tanto les escandalizan, porque entonces les diría: “Estas obras que así anatematizáis, nos

hacen un lugar entre las naciones cultas, y seguir la marcha progresiva del siglo. Hace poco que nuestra capital era una morada incómoda para los extranjeros, que no hablaban de ella sino con desprecio, y hoy es buscada con afán y como residencia del gusto y de las artes. Millares de infelices que carecían de alimento porque carecían de trabajo, lo han encontrado en estas construcciones, y han tenido pan para sus desgraciadas familias, cuando antes tenían que demandarlo a la caridad extraña. Los que ya imposibilitados vagaban por las calles presentando el cuadro más repugnante y alargando sus extenuadas manos en demanda de una limosna siempre insuficiente, se encuentran hoy recogidos en algunos de esos establecimientos, levantado por un sentimiento bienhechor; y en ellos han aprendido y ejercen una ocupación proporcionada a su inteligencia y a sus fuerzas. La juventud y la laboriosidad abandonadas y por tanto miserables, hallaron una ocupación honrosa y útil mientras se alzaron estas obras; y ahora que están concluidas, guarecen no a la holganza que engendra el vicio, sino a la aplicación que permiten la debilidad y la vejez. Preguntad a la humanidad y a la filosofía, preguntad a vuestros corazones si el dinero invertido podía tener un destino más noble y recomendable, y alzad entonces el grito, si os atrevéis, contra nuestro pensamiento y contra nuestra conducta.

Mas aparte de estas inversiones tan justificables por su objeto, se nos habla también del lujo, y se nos presenta como síntoma seguro de una decadencia próxima. En comprobación de este presagio se hace hablar a la historia; pero ésta es precisamente el testigo que más altamente depone en nuestro favor. El siglo de Pericles en Grecia ha dejado por su brillo un renombre que no han podido eclipsar tantos años, cuyas densas sombras parecen agrupadas sobre aquel faro luminoso. Roma fue señora del mundo no tanto por sus ejércitos y por la fortuna de sus conquistas, cuanto por su lujo y por su esplendor que la hacían la reina entre todos los pueblos, porque colocado estaba en sus manos el cetro de la civilización, de la cultura y de las costumbres más finas y más elegantes; y hoy mismo, las naciones más concurridas, más ricas, más felices y más envidiadas, son las que descuellan en esa línea, las que presentan a los ojos del viajero monumentos más notables, y ofrecen a su existencia más comodidades y placeres. La historia, pues, de lo pasado y de lo presente, unen su voz para justificarnos.

No tiene, pues, el pueblo motivo para quejarse ni menos para enfurecerse a la vista del lujo de las clases opulentas, porque ese lujo produ-

ce el trabajo, da continuo movimiento a las riquezas, y hace llegar hasta él los medios de subsistencia con el dinero que permanecería estancado, si la codicia o la frugalidad lo tuvieran guardado constantemente en las gavetas de sus felices poseedores. Si los pueblos se quejan sin embargo de que los ricos se entreguen a gastos dispendiosos que para aquellos son el alimento y la vida, será igual a que si se quejasen, porque el sol radiante sobre el horizonte derrama sobre ellos la luz y el calor, a si los humildes valles llevasen a mal que los elevados montes les enviasen arroyos y frescura, a si las bajas y estériles llanuras del Egipto clamasen contra el Nilo porque las fecundiza con sus periódicas desbordaciones.

Si alguna vez ese pueblo se alza contra lo que le favorece, y quiere como la serpiente de la fábula destrozar el seno bienhechor que le da abrigo, justo será que pague su error y su ingratitud: justo será que se le reprima y escarmiente, antes de que con su furor insensato destruya a la sociedad, contra la cual se rebela.

Las circunstancias extraordinarias piden remedios extraordinarios también, e inútil sería apelar a la reflexión o a medidas suaves para contener a un furioso que todo lo rompe y destroza en la exaltación de sus vértigos. Un incendio no se apaga como una antorcha con un sople, o con sólo obrar una ligera presión sobre su llama. En situación tan crítica y tan apremiante, las leyes comunes y los tribunales establecidos para tiempos de serenidad y de calma serían un nuevo peligro más bien que un escudo, porque con su marcha lenta y con sus formas dilatorias darían lugar a que la rebelión peleara y venciese, y el cuerpo político entero sería víctima de tan funesta lenidad. Se apellida a estos tribunales “de sangre”, y aceptamos el nombre si con él se quiere significar no la poca que derraman, sino la mucha que economizan.

Anteponer la violencia a la justicia, la guerra a la paz, el desorden a la calma, la lucha al sosiego, y en una palabra, el interés anárquico de unos pocos al interés legal y bien entendido de todos, ese es el sistema de los hombres que atacan nuestra imparcialidad, nuestra previsión y nuestra fortaleza.

3. Legisladores, ya habéis oído mis teorías y fundamentos, y podéis compararlas con las que antes se han presentado en el debate. Creo que me será lícito presentir vuestro juicio y vuestra resolución. Ya habéis visto que el gobierno no abusa en las elecciones, sino que usa para intervenir en ellas de un derecho que la nación toda le ha trasmitido al

## *La Elocuencia Parlamentaria*

confiarle sus destinos y sus esperanzas. Ya habéis visto que la seguridad personal se confunde con la facultad de atacar las instituciones, la sociedad y las garantías de todos sus miembros. Ya habéis visto que lo que se llama derecho de petición y bajo este concepto se invoca, es realmente el derecho de atentación, de reunirse para conspirar, y para preparar a la patria días de lágrimas y de sangre. Ya habéis visto que más bien que defender los principios de la imprenta, se desea hacer la apoteosis de sus abusos y de sus desmanes. Ya habéis visto que el lujo que se os presenta como el cáncer que nos lleva a la muerte, es el vehículo de la vida para los pueblos que se nutren y gozan a la sombra de ese fausto, porque empieza por poner la riqueza en circulación, y por dar una participación inmediata y notable en ella al agricultor, al fabricante, al comerciante, al literato y al artista. Ya habéis visto que si el pueblo tan favorecido en este sistema de esplendidez que de otra parte tanto eleva y recomienda a un país, escupe o muerde la mano que le protege, es digno de que se le trate con severidad; porque a donde no alcanzan los medios suaves y pacíficos, deben ensayarse los violentos y duros de la fuerza. Ya habéis visto, por último, que los tribunales extraordinarios que se instalan en situaciones de tanto riesgo angustia, son la égida de la libertad y del buen derecho, y no la segur homicida como se les llama para entregarlos a la pública execración. Permitidme que por un momento me entregue a mi imaginación y a mis presagios, y mire en el espejo que ella me ofrece el triste cuadro de nuestras desgracias si llegasen a triunfar las ideas que he combatido. Ya no veo ni unas cámaras templadas, movidas sólo por el sentimiento del deber, ni una nación tranquila, ni una imprenta provechosa, ni un pueblo que vive por el trabajo. Veo por el contrario profanadas las urnas electorales; que en ellas tienen entrada no los más merecedores, sino los más osados o los más intrigantes; los malvados que explotan el candor de sus comitentes para levantarse sobre sus hombros, y arrojar después sobre su rostro desde la altura a que se colocan, la opresión, el insulto y el desprecio. Veo que en el silencio de las leyes y en la mudez deplorable de la autoridad, la licencia se ostenta sin coto y sin freno, porque no ha habido una mano firme que la reprima en sazón. Veo que a la sombra del derecho de reunirse y de deliberar, los descontentos se aligan con la publicidad que si se asociaran para una fiesta, y disponen sus planes, y examinan y miden sus fuerzas, y dan el grito espantoso, y recorren las calles como una bacanal, llevando en la mano la tea incendiaria y el puñal ensangrentado. Oigo el ru-

mor sordo e imponente de las turbas que recorren la población, y del cual parten por intervalos gritos feroces que amedrentan y aterran. La fuerza se opone a la fuerza, y después de un combate fratricida resuena por los aires el himno de victoria que entona la rebelión sobre las armas que defendían la ley. A estos cantos de la sedición triunfante se unen los alaridos del que expira después de haber sobrevivido a la horrible matanza: el llanto de la madre que ha perdido a su hijo; del padre que ha visto inmolar a su presencia al que a la vez servía de báculo y de consuelo a su vejez ahora abandonada, y el de la virgen que teme o sufre vergonzosos ultrajes a su pudor. A este punto nos llevaría sin duda el sistema disolvente que tanto se defiende y tanto se nos recomienda. En él no hay ni inmunidad para las leyes, ni seguridad para las personas, ni protección para las propiedades, ni salvaguardia para ningún derecho. En el nuestro la ley manda, el ciudadano obedece, el orden y el concierto reinan, la propiedad se ve garantizada, y si algunos padecen porque sus planes y locas tentativas llaman sobre sus cabezas el justo y merecido castigo, los demás gozan tranquilos de la vida y de sus bienes, sin que tengan nada que temer de un régimen violento y trastornador.

Legisladores: a mi vez podré yo deciros con más motivo que no pinto al capricho, sino que dibujo con rigurosa sujeción al cuadro que me sirve de modelo. No se crea, no, que mi fantasía aborte estos monstruos, y que sean las creaciones irrealizables de una imaginación en delirio. Los males que he bosquejado caerían sin duda sobre nosotros, porque ésta es la lógica indeclinable de los hechos, esa la cadena fatal que liga los precedentes con las consecuencias, éste el funesto parentesco que hay siempre entre los efectos y las causas, ésta la índole del corazón humano que camina remiso y perezoso hacia la virtud, pero que se lanza con una celeridad pasmosa a todos los crímenes cuando una vez ha roto el yugo de la ley y de su obediencia. ¿Queréis un parlamento creado por la intriga y que sea por su naturaleza destructor? Admitid las teorías que he combatido ¿Queréis trastornos y males sin cuento? Sancionad la seguridad individual y el derecho de asociación y de petición tal cual le desean los que hoy combaten al gobierno. ¿Queréis entronizar la difamación, la calumnia y todo el veneno que pueden transmitir en tipos rápidos y permanentes las páginas peligrosas de los periódicos? Dad a la imprenta los ensanches que nos demandan los ciegos apóstoles de su libertad. ¿Queréis un pueblo indigente y envilecido que por falta de trabajo vegete en el ocio y que en él adquiera los vicios de

*La Elocuencia Parlamentaria*

que el mejor preservativo es la ocupación? Unid vuestra voz al clamoreo que otros levantan contra el esplendor y contra el lujo, a pesar de que desarrollan los talentos y las artes.

¿Queréis, mejor aconsejados y más cuerdamente advertidos, una situación para nuestro país de todo punto opuesta? Dad vuestro voto al sistema de gobierno y a los principios tutelares que yo he sustentado. A la vista tenéis la libertad y la servidumbre; la ley y la arbitrariedad; la justicia y la violencia; el orden y la anarquía; el bien y el mal en una palabra. Poned vuestra mirada en el porvenir, vuestra mano sobre el corazón, y elegid en esta contienda.